RELACIÓN ENTRE TESTIMONIO RETÓRICO Y TESTIMONIO NARRATIVO EN *THE LIFE* DE JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

Durante los últimos treinta años el foco de la crítica literaria en autobiografía ha ido cambiando desde cuestiones relacionadas con la *verdad* a cuestiones relacionadas con la *construcción* de la verdad. Si aceptamos la imposibilidad epistemológica de que el pasado sea global y coherentemente representable en su olímpica estabilidad factual, lo que nos queda, entonces, es la retórica, la ficcionalidad y la ideología. Y aquí es donde empiezan los problemas. ¿Cómo controlar la compulsiva omnisciencia de un narrador que sabe lo que «le pasa» al héroe, no sólo porque es él mismo, sino porque ignora que está ficcionalizándose? Para crear un *yo* creíble desarrollándose en la acción, el narrador/autor se ve obligado a jugar al casi imposible juego de ignorar que ya conoce el desenlace final de cada episodio. Y como el *yo* del autor y el del protagonista son uno, el texto está siempre en gravísimo peligro de caer en la autojustificación y la autoalabanza; de hecho acabará, casi siempre, cayendo en ellas, empujado por la retórica, que quiere controlar el texto manteniéndolo rehén de su obsesión por seducir al narratario. Por si esto no fuera suficiente, el narrador corre otro peligro, el de la ideología, a la que siempre se puede recurrir en la difícil tarea de dar unidad y sentido al relato. Pero en su inevitabilidad la ideología lleva también su salvación, y ésta no es otra que el no excederse: si la ideología

no anula la existencia de los espacios ficcionales y reflexivos, la acción podrá «andar» por sí sola.

Este trabajo sobre *The Life* [1] de José María Blanco White tratará de la distribución entre retórica y ficcionalidad en la parte propiamente autobiográfica (vol. 1), y terminará comentando algunos de sus aspectos ideológicos. Para establecer lo que funciona y lo que boicotea el texto, analizaremos éste como un largo testimonio divisible en dos vertientes o planos: el retórico, por un lado, y el de la narrativa/ficción por otro, y concluiremos que el segundo es el responsable del éxito en *The Life*, mientras que el primero pesa como un lastre sin conseguir lo que, demasiado obviamente, intenta: dar unidad y legitimidad al texto. Difícil danza entre *story* e historia: será en la unión de ficcionalidad y discurso testimonial donde la narración funcionará mejor, donde el texto se nos presentará más vivo, revelándonos su humanidad más vulnerable. Si su verdad estuviera en el mero «realismo» de la representación, o en la caracterización moral del autor/protagonista, tendríamos que empezar por desvelar lo mucho que se margina y se omite, pues, como ha estudiado Antonio Gómez-Moriana,[2] toda autobiografía viene a ser, argumental y temáticamente, un Curriculum Vitae (por ejemplo, nada sabemos de la amante o amantes de Blanco y

[1] En adelante *The Life*, como título abreviado de los tres volúmenes, el segundo y tercero de los cuales contienen su correspondencia y notas. El título completo de la obra es *The Life of the Reverend Joseph Blanco White, Written by Himself with Portions of his Correspondence.* Todas las citas de la autobiografía corresponden a la versión española de Juan Goytisolo excepto la última, que es mía.

[2] Antonio Gómez-Moriana desarrolla esta idea del *curriculum vitae* como... «non other than an argument that responds to a specific variable of stimulus. And that more than for the individual image (usually imcomplete; often, deformed) of the subject that has word or pen, one will have to inquire into the *curriculum*'s social horizon of spectations in which it is inscribed» (53). En el mismo artículo, Gómez-Moriana se refiere a la imposibilidad del estructuralismo para articular un análisis estético de la tensión dialéctica entre discurso «of the Other» (transgresor: ironía, parodia, humor, burla, etc.) y discurso normal/normativo. Este uso del discurso-que-subvierte está tomado de Bakhtin; ver *Le marxisme et la philosophie du langage,* de Bahktin y Volochinov.

muy poco sobre su hijo). Y tendríamos, también, que cuestionarnos la imperturbable y monológica seriedad de sus juicios y reflexiones —otra de sus debilidades retóricas— en la ausencia de lo que Bahktin denomina «discurso del otro», es decir, en su absoluta falta de ironía y humor. Así pues, el texto funcionará mejor en su carácter de re-creación y en su ficcionalidad que en su pretensión de justificación o de representación totalizadora del *yo*.

Los elementos fundamentales que «empujan» el texto hacia la vertiente retórica serían: el carácter apostrófico, la obsesión documentalista, el victimismo y la construcción de una autoimagen ideal e inmutable. Por otro lado, el elemento fundamental que contribuye a salvar la autobiografía será la narratividad testimonial, entendida ésta como el punto feliz de unión entre ficción (literariedad de la memoria) y testimonio de quien ha estado *allí*, de quien ha visto y oído. En otras palabras, y dicho en la aparente paradoja formalista, será precisamente su «literariedad» lo que lo hará parecer más *real*.

Retórica de una victimización

Como toda autobiografía, *The Life* de Blanco White implica la existencia de una comunidad textual en busca de una relación privilegiada entre apologeta y audiencia, poniendo al lector en la a veces fascinante, a veces aburrida, posición de juez, y a sí mismo en la de acusado. El unificador argumental de la obra será el progresivo alejamiento de la ortodoxia y el dogma, en un proceso doble de desconversiones y conversiones que son experimentadas como una crisis interminable. Dicha crisis clama por ser interpretada por tres instancias a un mismo tiempo: el «jurado» de sus contemporáneos, el tribunal apostrófico de la Historia y la Providencia y, finalmente, por el autor, que, en el acto de contar su vida, busca comprenderse a sí mismo y dar sentido a la propia existencia. De estas tres instancias, la apostrófica es la que correspondería al nivel retórico, pues viene a ser más una representación/*performance* que una prueba de ve-

racidad.[3] Sin embargo, Blanco no necesita de invocaciones a la divinidad para transmitir su vida como una crisis permanente, pues cuando dicha crisis se ficcionaliza en un discurso simultáneamente descriptivo y emocional se produce un efecto de empatía y amenidad, haciendo sus episodios vivos y convincentes. Pero cuando el esqueleto retórico —hecho de victimismo y autoconsciencia— se apodera del relato, el *tempo* de la narración queda interrumpido, limitando cualquier efecto de verosimilitud.

La escasa crítica dedicada a la autobiografía de Blanco comparte la idea de que el elemento dominante de la obra es el cambio y el movimiento. Críticos muy distanciados por el tiempo y la ideología han coincidido en señalar la constancia de lo impermanente en *The Life*. Menéndez Pelayo vio en el exiliado español a un ser incoherente y moralmente débil, «como nave sin piloto en ruda tempestad, entre continuas apostasías y cambios de frente,»(911,1). Lo que para Menéndez Pelayo es inconsistencia, para Juan Goytisolo es una muestra de «las diferentes fases de su trayectoria espiritual» que «el lector podrá apreciar sin necesidad de los comentarios del crítico.»(18). Que la vida de Blanco estuvo sometida a radicales cambios de escenario y comunidad es incuestionable, pero hay algo más: los cambios ideológicos y de la trama están en tensión irresoluble con la elaboración retórica de una unidad de autoimagen. En otras palabras, para dar coherencia y sentido a la historia de su vida como totalidad, Blanco cae en el pecado, no infrecuente en el género, de construir una imagen de sí mismo inmutable, una mismidad del *yo* imposible de sostener. Y aquí es donde el texto fracasa y pierde la legitimidad que precisamente trata de obtener a través de dicho recurso. El discurso autojustificatorio queda proyectado al nivel narrativo, abarcando todas las etapas de su biografía, elaborando una unidad sicológica y moral en la representación del héroe, libre de las inmanencias del tiempo y el espacio. Además del discurso apostrófico, esta retórica se presenta, bá-

[3] El carácter apostrófico del género ha sido estudiado por James Fernández.

sicamente, en dos niveles: como autoalabanza directa o indirecta (falsa modestia) y como representación del protagonista en el papel de víctima: víctima del destino, de los falsos amigos, de la España reaccionaria y del Catolicismo.

Efectivamente, la necesidad de dar sentido y coherencia a la narración implica, con frecuencia, que el género autobiográfico caiga en la elaboración de una imagen ideal del héroe que servirá de referencia paradigmática a lo que el autor es y, al mismo tiempo, a lo que aspira a ser. En este sentido, las virtudes con las que Blanco más se identifica son la autenticidad y el espíritu de sacrificio, todo ello en aras de la búsqueda de la Verdad. A veces, su naturaleza moral le parece tan excelsa que no puede resistirse a la tentación de expresarlo; su elevado carácter espiritual se manifiesta ya a la edad de quince años como una iluminación: «...un gran amor al saber y un odio similar a los errores consagrados se manifestaron bruscamente en mi fuero interno en el período de mi disputa con el dominico.»(110). Blanco reconoce que sus años de sacerdocio le proporcionaron prestigio y privilegios, pero el haber asumido tal papel le obliga a justificar lo que hizo con ese poder durante su etapa católica, dejando establecida, una y otra vez, su alta calidad moral. La falsa modestia será otro de los recursos preferidos en esta construcción retórica: ...«si menciono mi absoluta debilidad y desamparo siempre que me enfrento al hecho de causar dolor a un ser humano (...) no es con el propósito de elogiarme, sino más bien al revés».(129). A veces, la autoalabanza baja de tono, haciéndose algo más creíble: ...«no creo que la envidia entre en el catálogo de mis defectos».(147); pero en vano buscará el lector la más mínima referencia explícita a tales defectos.

En Blanco White, la compulsión a confesarse deviene en una ficcionalización que se corresponde con lo que Bahktin ha calificado como *novel of ordeal.* Según este esquema, de los tres parámetros que delimitan dicha clasificación: argumento, tiempo y descripción del mundo, la *Vida* se ajustaría a este tipo de novela en la primera y en la tercera de dichas categorías. En la *story* que trata de presentarse como la *history* del individuo, el protagonista aparece continuamente probado. El protagonista

quedaría identificado como «víctima-del-dogma-y-buscador-de-la-verdad», siempre en lucha sin cuartel contra los abusos del dogmatismo. Y los abusos que sufre el escritor español acabarán determinando que no haya en su vida nada de convencional: pierde la patria, la familia, la religión de la juventud, y hasta la salud, constantemente envuelto en circunstancias que le hacen imposible mantener amistades estables. Como en la descripción bahktiniana del subgénero de novela barroca (correspondiente a la citada novela de prueba) su vida... «admits of nothing average, normal, typical, or ordinary; everything here is expanded to an inmense scale». (Bakhtin, *The Bildungroman...*, 13).

Y como en las *novelas de prueba*, el héroe se nos presenta moralmente inmutable, desplegándose la historia entera como un tropo en el que el protagonista es el centro de lo que Hayden White ha calificado de construcción tipo sinécdoque:[4] «distinction between the parts and the whole as a totality that is qualitatively identical with the parts that appear to make it» (74). En cada etapa de su existencia, la imagen moral proyectada por Blanco White será idéntica a la de la etapa siguiente: buscador de la verdad y víctima del dogma, tanto en la infancia como en la juventud y en la vejez. La resistencia a cambios reales en la personalidad del protagonista « ...became more than just the measure of their individuality; it became the very basis of their self-worth» (H. White,12). El Blanco White que a los catorce años tenía que someterse a actos de devoción que califica de opresivos es exactamente el mismo que tiene que vérselas a los veintisiete con la tormenta moral e intelectual que le aleja definitivamente del catolicismo. Las crisis se nos presentan como continuas pruebas que, saliéndole al encuentro, nunca le dan tregua. La actividad «exterior» —más allá de la sique— que estas crisis generan es reactiva: Blanco se ve «empujado» a buscar

[4] Las otras tres construcciones paradigmáticas en la construcción de un *yo* narrable son la metáfora, la metonimia y la ironía, esta última responsable del discurso dialógico y autoconsciente, es decir, el más moderno de las cuatro. La metáfora sería la que regula la representación autobiográfica anterior a la Ilustración, mientras que las otras dos —sinécdoque y metonimia— corresponderían a la «episteme» de los siglos XVIII y XIX.

la verdad con la esperanza de poder enfrentarse a la siguiente crisis. Así, víctima de las «calumnies and misrepresentations of my enemies»(1), se somete, muy a su pesar, a la enojosa tarea de contarnos su vida, siempre fiel a su destino. Pero esta lucha por desterrar el error no cambia interiormente al protagonista, ni el mundo cambia al héroe ni el héroe cambia al mundo, a pesar de que cada conversión religiosa implicará la salida de una comunidad y la entrada en otra (catolicismo-anglicanismo-unitarianismo). Aun con los dramáticos cambios de escenario y de creencias religiosas, no hay auténtica dialéctica entre el yo-convertido y el yo-anterior a la conversión, que queda limitada por la falta de transformación radical. Así, no es necesario acentuar la división emocional entre el pasado y el presente. Estas transformaciones espirituales carecerán de la intensidad de las autobiografías «canónicas» de conversión: lucha contra el Mal absoluto, desesperación previa a la iluminación, fuerte sentido providencial de vocación, liberación de la culpa, etc. Si Blanco White experimentó este tipo de conversión radical, ello escapa a su narración autobiográfica, que enfatiza más su defensa ante el tribunal de los lectores que sus procesos sicológicos de transformación interior. Sólo muy al final de su vida encontramos pruebas de esta transformación, aunque ya fuera del territorio textual de la autobiografía propiamente dicha, con breves momentos de paz espiritual en los estadíos finales de su enfermedad (en las memorias del volumen III). Es significativa, también, la ausencia del sentido poético de belleza y novedad del mundo que acompaña a conversiones como las de Jonathan Edwards o el mismo San Agustín.

El corolario ideológico de este proceso de conversiones y desconversiones, será el pensamiento ilustrado, al que, con peligro de su propia vida, según nos cuenta, accedió en su etapa juvenil de sacerdote. Su primera crisis intelectual fue provocada por el racionalismo y el pensamiento deductivo de los ilustrados franceses. Esta revolución intelectual ponía demasiado énfasis en la irrepetibilidad del individuo como para poder entregar el yo a un Dios revelado y personal. A partir del Siglo de las Luces en Europa, la justificación del escribir ya no se centrará en la Providencia, sino en la eficacia retórica y estilística de conven-

cer a los hombres de la propia calidad moral. Si bien el transfondo ideológico de esta autobiografía corresponde a una mentalidad ilustrada, su tono tiene innegables síntomas de la melancolía del romanticismo inglés, con el que Blanco estuvo muy en contacto. Sus años de infancia y adolescencia, en los que recibió una estricta formación religiosa y filosófica, desembocarán en una serie de actividades sacerdotales, bien frustrantes (cura católico) bien frustradas (ministro anglicano). Blanco White acaba convirtiéndose en una víctima de sí mismo, de la excesiva autoconciencia que atacó como una epidemia a los poetas románticos.

Al comienzo de su exilio nos encontramos a nuestro héroe perdido y sufriendo de soledad y del «mal du siècle» en el brumoso Londres, pero al mismo tiempo, orgulloso de su nueva libertad intelectual. Geoffrey Hartman ha estudiado cómo los románticos ingleses de la época de Blanco buscaron en la Naturaleza, la Tradición o la Belleza el remedio a esa destructiva autoconsciencia;[5] la respuesta a tal crisis en el exiliado español será la redacción de sus largas, y alargadas, memorias. Este alargamiento viene dado por una retórica de tono legalista y autoexculpatorio, que acabará por interrumpir el flujo de los recuerdos. Al mismo tiempo, la obsesión por defenderse le hará revisar y modificar continuamente el texto, tanto en el primer volumen, la autobiografía propiamente dicha, como en los volúmenes siguientes de correspondencia y diarios. Blanco vuelve una y otra vez, a veces con varios años de distancia, sobre los textos originales comentando sus comentarios, añadiendo in-

[5] Esta compulsión a escarbar en uno mismo y a buscarse a través del acto de escribir está muy bien ejemplificada en una anécdota que cuenta el profesor Hartman: «...and in Coleridge's Mariner, as in Conrad's Marlow, the figure of the Wanderer approaches that of the poet. Both are story-tellers who resumit themselves to temporality and are compelled to repeat their experience in the purgatorial form of words. Yeats, deeply affected by the theme of the Wandering Jew, records a marvelous comment of Mme. Blavatsky's. 'I write, write, write,' said Mme. Blavatsky, 'as the Wandering Jew walks, walks, walks,' (51). Tanto por razones de «textualidad» como por razones puramente biográficas, podríamos calificar a Blanco como «el judío errante del romanticismo español».

formación, matizando ideas, retardando tanto la acción de los acontecimientos como la secuencia de los pensamientos. Parece como si el autor no estuviera nunca seguro de ser creído, tratando de legitimar su propio relato añadiendo más y más textualidad. Este discurso exculpatorio va dirigido a contrarrestar dos bloques de acusaciones implícitas: la acusación de impío e inmoral, por un lado, y la acusación de traidor a la patria, por otro. Aunque a estas acusaciones de anti-español contribuyó, en gran parte, el apoyo de Blanco a la causa independentista de las colonias, también parece cierto que, como tantos liberales de su tiempo, se vio forzado por las circunstancias, y contra su ideología, a unirse al bando anti-napoleónico: «... ¿Quién fue, entonces, el auténtico patriota?», clama Blanco en el desierto. Pero, como veremos después, esta defensa explícita de su papel político —que repite en varias ocasiones— no produce el efecto deseado en la medida en que lo producirá su discurso testimonial. Su construcción apologética, directa y repetitiva, constituye un fallo de lo que John Sturrock ha calificado como teorema básico del género autobiográfico: «...a kind of writing conscious of itself as an invitation to intimacy but of having to achieve that intimacy by indirect means» (52). Ello imposibilitará la necesaria distancia entre el autor y el protagonista, pues, como ha explicado Anna Caballé, «el yo del escritor se ha convertido, en la autobiografía, en el objeto de la reflexión literaria, y para que pueda percibirse, es decir, representarse, debe experimentar un cierto distanciamiento de sí mismo» (107). La autobiografía requiere, pues, de una perspectiva apropiada, una distancia justa entre autor y héroe para generar un espacio de narratividad. En el caso de *The Life,* las invocaciones que le recuerdan constantemente al lector que es miembro del jurado, contribuyen a eliminar ese espacio ficcional y la narración pierde dinamismo, cayendo en la oratoria, ... el impulso autobiográfico controla aquí el acto autobiográfico.

Ficcionalidad y discurso testimonial

El pasado es tan hipótetico como el futuro y el acto autobiógrafico tiene mucho más que ver con el presente que con el

pasado. Pero ello no implica que toda autobiografía sea una prosopopeya. Que revisar el pasado sea una imposibilidad epistemológica no significa que éste no pueda ser revivido por obra y gracia de la ficcionalidad, entendiendo aquí por «ficción» no lo que se opone a «la verdad» sino lo que resulta de un proceso de narrativización. Es precisamente la historicidad lo que da a la autobiografía su posibilidad de existir. Toda historia personal es vivida como proceso, tiempo y narración, y si, por un lado, la memoria nunca puede tener «la última palabra», por otro, sólo podemos construir sentido y significado en los territorios del tiempo y la ficción; en palabras de Frank Kermode: «Men, like poets, rush into the middest, in *media res,* when they are born, they also die in *media rebus,* and to make sense of their livespan they need fictive concords with origins and ends, such as give meaning to life and poems»(7). Nos situamos, pues, *in media res,* entre dos extremos: entre la postura derridiana de que toda ficcionalización es un obstáculo definitivo para la búsqueda de la verdad, y la de humanistas como Roy Pascal, para quien la validez del texto autobiográfico se mide buscando la coherencia y verosimilitud de lo relatado, como si la *story* pudiese fundirse felizmente con la *history.*

Y aquí es donde *The Life* gana en interés, pues sólo a través de un proceso de desfamiliarización puede el texto cobrar vida. El efecto más poderoso de esta historia personal está en su poder de testimonio. Según el esquema de Jerome Bruner («The Autobiographical Process») la autobiografía se hace efectiva cuando contiene, al mismo tiempo, tres tipos de discurso: el discurso testimonial, el discurso interpretativo y el discurso *diatáctico.* El primero es el gobernado por acciones verbales que corresponden a los campos semánticos de verbos como *ver* y *oír* produciendo un efecto de inmediatez entre narrador y lector que hace que los hechos sólo parezcan hechos. El discurso interpretativo es entendido aquí como aquél que tiende a encajar los hechos en secuencias vitales y etapas de la vida (niñez, educación, matrimonio, etc..). Y el que Bruner denomina discurso diatáctico, da cuerpo a la actitud del autor frente al mundo, frente a sí mismo y frente al destino; el tipo de vocabulario responsable de este discurso está formado por vocablos que care-

cen de significación independiente, siendo el más característico de ellos el adverbio, cuya función «se limita» a modificar, a veces imperceptiblemente, el sentido e intensidad de la acción verbal. Será precisamente el equilibrio entre estos tres niveles lo que dará a la narración su efectividad, produciendo una sensación de verosimilitud y familiaridad. La autobiografía del reverendo Blanco White cuenta con varios de estos episodios; el primer bloque textual de esta clase comienza con la descripción de su familia y de la formación intelectual de su infancia. Tras referirse a la excelente catadura moral de sus padres, Blanco se sitúa como víctima del fanatismo católico, contándonos con efectivo patetismo, como le aislaron en su infancia para preservarle de toda contaminación moral: «de este modo, hicieron de mí un ser solitario (...) recuerdo bien que miraba a los hijos de los pobres cuando jugaban en la calle y envidiaba su dicha.»(105)

Dolorosos recuerdos de una felicidad injustamente boicoteada; la memoria impregnada de emocionalidad hace seductor el relato autobiográfico. Un destino poderosísimo parece arrastrar a toda la familia a una religiosidad reaccionaria y torturante. La efectividad narrativa a que se refiere Bruner ha sido también definida por Susanne Langer, que denomina estos episodios como «virtual events», distinguibles de los «actual events» porque son a un mismo tiempo: 1) factuales, 2) emocionales y 3) convincentes. Son las partes del texto que poseen una mayor intimidad emocional, los episodios que describen momentos dolorosos grabados en la sique durante la infancia y la juventud del protagonista. Un buen ejemplo de esta intensidad es el recuerdo de la agonía de la hermana menor de Blanco, recluida en un convento de gran disciplina ascética:

> ...el padre, hermano o hermana intercambiaban unas frases insignificantes con el ser querido que han perdido para siempre. No ocultaré que, incluso al cabo de tantos años, la indignación me sofoca cada vez que la imagen del Padre..., sentado junto a mi hermana, en la fecha aproximada en que se dió a conocer su resolución de tomar el velo, se presenta nítidamente en mí espíritu: veo la habitación ... (163).

¿Cómo cuestionar aquí la verdad que encierran tales testimonios, constituidos a un tiempo como hechos, valoraciones y traumas? La verdad metafísica de que el pasado no existe cede ahora frente a la verdad narrada, visitada por la memoria. Pero durante toda la descripción de la infancia y la adolescencia, se alterna este tipo de discurso, afectivo, vivo e intimista, con otro valorativo y retórico que nos lleva una y otra vez al presente: volvemos a la sinécdoque, al recurso retórico de elaboración de la imagen ideal y unificadora del héroe. Así el Blanco White adolescente ya sentía... «a great love of knowledge» y evidentemente habla aquí el adulto desde el presente, desde el lugar de quien ya conoce los hechos y se permite reinterpretar el pasado en términos retóricamente privilegiados.

El aspecto informativo y testimonial, especialmente de la primera parte, viene facilitado por el punto de vista del narrador: Blanco escribe desde la posición de exiliado que cuenta a un británico cómo son las costumbres de España, lo que le obliga a tomar una perspectiva que prima el detalle y la explicación contextual; para que el Dr. Whately —su narratario inmediato— pueda entender los motivos por los que Blanco abandonó su país natal, el autor se ve obligado a crear un equilibrio muy efectivo entre lo emocional y lo descriptivo. Un buen ejemplo de este balance se puede encontrar en el episodio de los ejercicios espirituales ignacianos, que se presentan aquí como un oscuro producto de la pre-modernidad española:

> La capacidad de emocionarse uno mismo hasta las lágrimas suele considerarse como un signo muy satisfactorio del progreso cristiano. Esta no es una idea popular (...) es una de las pruebas de santidad admitidas en los procesos de canonización. Se la designa, en el lenguaje técnico, *donum lachrymarum* (117).

Blanco *ve , oye* y atestigua, porque ha sido protagonista y ha sobrevivido para contarlo. De intensa emotividad es la descripción de las manipulaciones sicológicas del director de dichos ejercicios, que incluían autoflagelaciones con terribles gritos de dolor y sangre salpicada por las paredes de la capilla. A esta categoría corresponden también las descripciones de los procesos legales necesarios para probar la «limpieza de sangre».

Todavía durante la última década del siglo XVIII los candidatos a Colegios Mayores universitarios tenían que someterse a tan humillante investigación. El propio Blanco, según nos confiesa, actuó, con mala conciencia, de informante en las investigaciones de *limpieza de sangre.*

La efectividad de estos relatos nos hace sentir la indignada repugnancia que los lectores británicos de la época experimentarían frente a la bárbara y papista España. La bajada al sótano de la Inquisición por parte de Blanco y su amigo Seoane para rescatar unos cuantos volúmenes de la Enciclopedia francesa, adquiere el significado de un acto sagrado. Viene a ser la entrada al *Sancta sanctorum* del templo racionalista, inspiración y sostén espiritual del exiliado español en su lucha contra el dogmatismo:... «el polvo, que en los veranos de Andalucía se cuela en las alcobas más recónditas, vestía todos los objetos de una capa de más de medio centímetro.»(117). Como la bajada a la cueva de Montesinos de Alonso Quijano, Blanco desciende a las profundidades del conocimiento en una experiencia que metafóricamente representa con gran plasticidad el proceso entero de desconversión antidogmática. Pero esta metáfora no tiene, como en el Quijote, un sentido de individuación, —pues ya y siempre Blanco nos ofrece una imagen «terminada» de sí mismo— sino de testimonio de una realidad histórica de la que el autor será víctima y protagonista. La fuerza expresiva del episodio apunta aquí más a lo ideológico que a lo sicológico.

En las peripecias de la huida de España, (cap.III) la autobiografía se transforma en una novela de aventuras. Aquí, de nuevo lo testimonial, lo emocional y lo valorativo se fusionan para producir los episodios de más amena lectura de los tres volúmenes. El narrador se distancia del héroe lo suficiente como para crear un efecto de suspenso y anticipación. Por primera y única vez, Blanco se nos presenta feliz e ilusionado, viajando no sólo en el espacio sino también en el tiempo, desde el infierno español de atraso y tiranía hacia la modernidad racionalista y democrática de Inglaterra. Durante la travesía, una tormenta contribuirá al tono romántico y mitológico del viaje.

Con la llegada a Londres, la acción se ralentiza de nuevo y reaparecen las contradicciones aristocráticas de un hombre que, a pesar de sus duras circunstancias materiales, nos confiesa:... «podía haberme rebajado a trabajar de músico, pero mi orgullo no lo hubiera soportado fácilmente» (171, la traducción es mía). Afortunadamente, sus conexiones le salvarán de la pobreza y podrá dedicar el resto de su vida a debatirse en continuas crisis espirituales. Hasta sus días finales, Blanco vivirá de casa en casa, de amigo en amigo, y de enemigo en enemigo, siendo recibido con los brazos abiertos por la comunidad anglicana gracias a su activa postura anti-católica. En el tiempo narrativo de la última parte da la autobiografía, «His Life in England» (cap.V), el autor se encuentra, por fin, con el protagonista y el texto se va transformando en mitad biografía, mitad diario, perdiendo ficcionalidad y volviendo, de nuevo, a un discurso auto-justificatorio.

La autobiografía de Blanco White no es fácil de encuadrar. Resulta imposible aceptar aquí ninguna de las dos reacciones más intensas que ha despertado hasta el momento en su propia patria: Blanco el artista lúcido y la víctima inocente de la «abrupta sinceridad que le caracteriza»(32), tal y como lo describe Juan Goytisolo; o el monstruo renegado y corrompido que pinta Menéndez Pelayo, para quien «Blanco se dejó llevar por el orgullo y la lujuria (que) le hicieron abandonar la benéfica sombra del santuario»(911). Las cosas parecen algo más complicadas. *The Life* nos ofrece una serie de retos críticos tanto de naturaleza formal y discursiva como ideológica. Su ideología ilustrada se nos presenta como progresista, sobre todo en contraste con la del *Ancien Régime* español, pero también lleva el lastre aristocraticista del «todo para el pueblo pero sin el pueblo». Hay, además, una actitud romántica de quien no puede parar de pensar en sí mismo frente a un mundo que nunca acaba de entender, torturado por la distancia inseparable entre la voluntad y el deseo. Religiosidad atormentada de quien se confiesa sin confesarse por completo, de quien busca a un *Deus ex machina* que sea a la vez refugio paternal, rechazando el antropomorfismo del dios justiciero de la Biblia. La autobiografía de Blanco White

nos muestra otro conflicto irresoluble del *yo* en la primera modernidad occidental: ¿Cómo contactar (*re-ligio*) y abandonarse a algo trascendente y necesario desde la recién descubierta fascinación de un *ego* único e irrepetible? Lionel Trilling [6] ha trazado la evolución histórica de la conciencia europea, desde la salvación cristiana de carácter individual como centro de toda justificación a la idea social de sinceridad, y de ésta, a la idea existencial de autenticidad. Y en Blanco coexisten los tres niveles. Sólo al final de su vida parece encontrar el exiliado español una respuesta parcial —ya fuera del territorio textual de la autobiografía— de naturaleza humanista y panteísta. Su relación epistolar con el Dr. Channig, refundadador de la Iglesia Unitaria de los EE. UU. nos indica que su grado de integración ideológica y social con tal institución fue mayor de lo que se ha pensado (dicho sea de paso, éste es un aspecto que la crítica apenas ha tocado). La religión será, pues, el decorado de fondo de toda la obra, y, por momentos, parece que nos enfrentamos a una biografía de confesión religiosa. Curiosamente, el *pathos* religioso de Blanco White se sitúa, a menudo, más cerca del puritanismo calvinista que de ninguna de las tres religiones que profesó a lo largo de su existencia. Paul Delany y Avrom Fleishman [7] han estudiado como la autobiografía se convirtió en los siglos XVII y XVIII en un substituto del sacramento católico de la confesión, cumpliendo la función social de demostrar la autenticidad de la conversión, lo que garantizaba el ingreso en las influyentes iglesias puritanas del mundo anglosajón. La ansiedad protestante de mostrar que uno formaba parte de los elegidos boicoteaba cualquier posibilidad de sentirse radical y definitivamente salvado, promoviendo constantes dudas e

[6] Este proceso desemboca, según Trilling, en la ligereza postmoderna (weightlessness) —vía Nietzsche— y afecta tanto al cuestionamiento radical del pasado como a la descentralización del *yo*.

[7] Paul Delany estudia el tema de la luz interior y la recepción de la gracia tal y como las describían las conversiones religiosas de los congregacionistas y puritanos en las autobiografías anglo-americanas, mientras que Avrom Fleishman se centra en los esfuerzos textuales de esos autores por transmitir la veracidad de sus conversiones.

inseguridades espirituales. Se ponía en marcha, así, un proceso, casi compulsivo, de conversiones y reconversiones. Otra coincidencia interesante de aquellas autobiografías con la de Blanco White, es la existencia, casi inevitable, de una enfermedad crónica que era experimentada, al mismo tiempo, como prueba divina y como respuesta somatizada a tales luchas sico-espirituales. Algo de todo esto hay en Blanco, pero siempre encontramos algo más: a nivel sicológico, el discurso confesional del exiliado español tiene tanto de necesidad terapéutica como de entrega espiritual; Blanco necesita explicarse, quizás, también, para entenderse a sí mismo. Como Terrence Dudy ha observado:...«A confession is the deliberate, self-conscious attempt of an individual to explain his nature to the audience who represents the kind of community he needs to exist.»(4) El problema es que, al ofrecer una imagen inmutable de sí mismo durante todo el texto, el autor se precipita pronunciándose retóricamente «inocente» desde el principio de la confesión. Toda la autobiografía quedará recorrida, entonces, por una tensión discursiva irresoluble: la existencia de constantes cambios, por un lado, y la de una imagen moral inmutable, por otro, con una sospechosa carencia de divisón emocional entre el pasado y el presente. Con todo, Blanco nos entretiene en sus desventuras y aventuras con una prosa que no tiene paralelo en el siglo XIX español (si acaso con la excepción de Larra) por su modernidad y su sentido crítico radical. En *The Life* la narración que subraya los planos narrativo y testimonial constituye el único territorio al que puede acceder la memoria, dando, así, vida textual a la vida «vivida». El exiliado español consigue con ello el objetivo primordial de toda autobiografía: seducir al lector sin que éste se aperciba de que está siendo seducido.

PEDRO M. MUÑOZ
Winthrop University

BIBLIOGRAFÍA

Bakhtin, Mikhail.: «The Buildungsroman and Its Significance in the History of Realism». *Speech Genres and Other Late Essays.* Trans. by Vern McGee. Austin: University of Texas Press, 1986.

—— y V. Volochinov. *Le marxisme et la philosophie du langage.* Paris: Les editions du minuit, 1977.

Blanco White, José María. *The Life of the Reverend Joseph Blanco White, Written by Himself; with Portions of His Correspondence.* 3 vols. John H. Thom ed. London: Chapman, 1845.

Bruner, Jerome. «The Autobiographical Process». *The Culture of Autobiography: Constructions of Self-Representation.* Ed. Robert Folkenflik. Stanford: Stanford UP, 1993.

Caballé, Anna. «Figuras de la Autobiografía». *Revista de Occidente.* 74/75 (1987) 103-119.

Delany, Paul. *British Autobiography in Seventeenth Century.* New York: Columbia UP, 1969.

Doody, Terrence. *Confession and Community in the Novel.* Baton Rouge and London: Louisiana UP, 1980.

Fernández, James. *Apology to Apostrophe. Autobiography and the Retoric of Self-Representation in Spain.* Durham and London: Duke UP, 1992.

Fleishman, Avrom. *Figures of Autobiography: The Language of Self-Writing in Victorian and Modern England.* Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1983.

Garnica, Antonio. *Autobiografía de Blanco White.* Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1975.

Gómez Moriana, Antonio. «Narration and Argumentation in Autobiographical Discourse». *Autobiography in Early Modern Spain.* Edited and introduced by Nicholas Spadaccini and Genaro Talens. Minneapolis, MN.: The Prisma Institute, 1988.

Goytisolo, Juan. *Obra Inglesa de José María Blanco White.* Buenos Aires: Formentor, 1973.

Hartman, Geoffrey. «Romanticism and Anti-Self-Consciousness». *Romanticism and Self-Consciousness: Essays in Criticism.* Ed. by Harold Bloom. New York: W. Norton Co., 1970.

Kermode, Frank. *The Sense of and Ending: Studies in the Theory of Fiction.* New York: Oxford UP, 1967.

Langer, Susanne. *Feeling and Form: A Theory of Art.* New York: Scribner, 1953.

Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles.* Madrid: Editorial Católica, 1956. (Biblioteca de Autores Cristianos), Vol. 2.

Pascal, Roy. *Design and Truth in Autobiography.* Cambridge, Massachusetts: Harvard UP, 1960.

Trilling, Lionel. *Sincerity and Authenticity.* Cambridge, Massachusetts: Harvard UP, 1973.

Sturrock, John. *The Language of Autobiography; Studies in the First Person Singular.* Cambridge and New York: Cambridge UP, 1993.

White, Hayden. «Interpretation in History». *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism.* Baltimore: John Hopkins UP, 1985.